Importancia de los Estudios Coloniales en la Reconstrucción de la Identidad Nacional

por
Graciela Maturo

Basta reconocer en algún viaje la geografía del vasto territorio latinoamericano, o asomarse a su producción bibliográfica, su educación, sus lineamientos oficiales en materia de cultura, y compararlos con lo que ocurre en esos rubros en nuestro país para constatar que la Argentina —casi solitariamente— ha desdeñado su pasado colonial, lo desconoce en las aulas o lo posterga visiblemente en la investigación.

La vida indiana, sus hombres y sus creaciones, no forman parte ya de su imaginario social, y sólo son redescubiertos por investigadores aislados. Es raro encontrar a un adolescente, o a un joven ya avanzado en los estudios universitarios, que pueda dar cuenta de cuál es el origen del nombre Argentina, recordar a nuestros primeros poetas, historiadores, narradores o, más remotamente, rememorar algún texto.

Por otra parte, y como un eco de ese descuido, comprobamos también que en algunos textos enciclopédicos dedicados a las obras coloniales hispanoamericanas, son ignoradas las áreas que componen el prototerritorio argentino, o se las reduce a alguna rápida mención. Ciertamente, contamos hoy con algunos trabajos de tesis, y también con el esfuerzo de pequeños grupos de investigación, juntamente con la actividad de la Academia Nacional de la Historia, pero cabe reconocer que esa labor no alcanza para revertir el desinterés general en esos temas.

La proximidad del Segundo Centenario de nuestra emancipación hace oportuna una consideración sobre la identidad cultural argentina, que es tema de este Congreso. Esa efemérides puede llevarnos equivocadamente a rescatar la identidad de una Argentina moderna divorciada de sus orígenes. A reparar ese descuido histórico y cultural se hallan dirigidas estas palabras.

Antihispanismo y anticolonialismo de la Ilustración

La primera desestimación de la cultura y los textos coloniales proviene de los criterios iluministas de la Ilustración , ya vigentes en ciertas capas sociales del Virreinato como proyección de la España borbónica. Un ejemplo de esa subestimación lo ofrecen los escritos de don Félix de Azara, quien a comienzos del siglo XIX, al examinar una de las copias manuscritas de la *Historia del Descubrimiento,* de Ruy Díaz de Guzmán, trata a su autor de fantasioso y falto de rigor histórico.

Esta mentalidad se acentuó en las primeras décadas de la emancipación, con su desvalorización del barroco, la cultura mestiza y popular, y la tradición hispánica, tildada de oscurantista y autoritaria. Nace allí, en la década de 1820, la denominación de «barbarie» aplicada a la cultura tradicional y a los caudillos provinciales que la representan. Por cierto, esta actitud antihispanista —hasta cierto punto comprensible en tiempos de guerra política y fundamentación ideológica de la emancipación— comprometía a las expresiones de la cultura popular, nutrida en la tradición mestiza americana.

Como es sabido fue el erudito napolitano Pedro de Ángelis (1784-1859) quien tuvo la responsabilidad de reunir en una compilación las obras liminares de la tradición nacional. Filósofo y educador, diplo-

mático en Rusia antes de radicarse en Ginebra y luego en París, De Ángelis fue invitado al Río de la Plata por Bernardino Rivadavia. Llegó a Buenos Aires en 1827, y dirigió con José Joaquín de Mora la *Crónica política y literaria de Buenos Aires*, órgano del gobierno rivadaviano, y luego *La Gaceta Mercantil*. Fue colaborador de *El Lucero* y *El Monitor,* apoyó sucesivamente a Dorrego, Lavalle y Balcarce antes de colaborar con Juan Manuel de Rosas entre 1835 y 1852. Debemos a este erudito, que escribió, entre otras obras, biografías de Juan Manuel de Rosas, Estanislao López y el general Arenales, la publicación de la importante *Colección de documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata, ilustrada con notas y disertaciones,* que fue editada entre 1835 y 1837, en seis volúmenes y comienzo de un séptimo. Esta obra ha sido varias veces reeditada. Amigos y enemigos políticos le reconocen unánimemente este servicio a la historiografía rioplatense al haber realizado la primera sistematización y publicación de las obras liminares de la región.

No es ocioso recordar en este momento que la *Colección* reúne, entre otras, las siguientes obras y documentos:

— La *Historia Argentina del Descubrimiento, Población y Conquista de las Provincias del Río de La Plata,* de Ruy Díaz de Guzmán.
— La *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán,* del Padre José Guevara, de la Compañía de Jesús.
— El *Viaje desde el Fuerte de Ballenar hasta Buenos Aires,* de Luis de la Cruz.
— El *Proyecto de traslación de las Fronteras de Buenos Aires al Río Negro y Colorado,* de Sebastián Undiano y Gastelú.
— *Derroteros y Viajes a la Ciudad Encantada o de los Césares,* de Silvestre Antonio de Boxas.
— *Descripción de la Patagonia,* de Tomás Falkner.
— El poema *Argentina o Conquista del Río de la Plata,* de Martín del Barco Centenera.
— El texto de la *Fundación de la ciudad de Buenos Aires*, por Juan de Garay.
— Las *Actas Capitulares del 21 al 25 de Mayo de 1810.*
— El *Diario de un viaje a la costa de la Mar Magallánica,* por el P. Pedro Lozano.

No ha sido debidamente justipreciada la importancia de esta obra en la atmósfera en que surgía la llamada «generación del 37», llamada a debatir el tema de la identidad nacional. Anunciaba el editor al iniciar la obra, que se publicaría «por cuadernos de 30 pliegos de imprenta, iguales en todo al presente prospecto», incluyendo un proyecto de suscripción mensual. Al abrir esa colección decía Pedro de Ángelis, en juicio que merecería ser discutido: «Para asegurar la conservación de sus antiguas colonias, la Corte de Madrid no halló más arbitrio que condenarlas a un riguroso aislamiento. No se cortaron tan sólo las transacciones mercantiles, sino que se proscribió todo comercio intelectual y hasta las relaciones amistosas» Sabemos hoy que tal aislamiento, en parte buscado por algunos funcionarios de la Corona y no por todos, de hecho no existió. Las Colonias tuvieron una vida cultural intensa, concentrada en algunos focos vireinales, y fue temprana la instalación de la imprenta en el continente descubierto.

La posición generalizada de esos jóvenes escritores que admiraban especialmente a los franceses, ingleses y norteamericanos fue adversa a lo hispánico, pero no puede negarse que esa colección, reeditada después de la caída de Rosas sin el prólogo de De Ángelis, fue en varios de ellos removedora de una conciencia identitaria, y especialmente de una preocupación —acorde con su romanticismo— por la historia y la lengua.

Fue especialmente entre ellos Juan María Gutiérrez, considerado con justicia iniciador de la crítica nacional, quien leyó con mayor dedicación aquellas páginas, e inició un diálogo fecundo con algunas de ellas. La obra de Martín del Barco Centenera tuvo en Gutiérrez a un lector atento, algo alejado de la mentalidad colonial pero capaz de reconocer muchos valores y aspectos literarios de la obra. Su Estudio sobre la Argentina fue publicado con la edición facsimilar de la obra hecha en 1912 por la Junta de Historia y Numismática. Gutiérrez, que estuvo en Chile y en el Ecuador, fue estudioso y editor de obras coloniales, y realmente se lo puede considerar el iniciador de este tipo de estudios en la Argentina.

El siglo XX inició la revaloración de los textos coloniales. El Primer Centenario de la República marcó el reencuentro con España y con ello se promovió la reedición de obras como *La Argentina,* de Martín del Barco Centenera, que tuvo dos ediciones facsimilares en 1912. Los prejuicios ideológicos antihispánmicos y anticoloniales afloran en la obra de un crítico francés de entresiglos, muy respetado

en su tiempo, que es Paul Groussac. El director de la Biblioteca Nacional y de su revista *Anales de la Bibliotecas* dio a conocer en el tomo IX de la misma el texto de una copia inédita de la llamada *Argentina manuscrita,* de Ruy Díaz de Guzmán, juntamente con abundante documentación de valor biográfico e historiográfico. Sin embargo su Nota biográfica y sus notas al texto se hallan cargadas de subestimación cultural, literaria y aún moral hacia Díaz de Guzmán, al que acusa de fraguar invenciones y situarse muy por debajo de los hechos que narra.

Ricardo Rojas y Enrique Martínez Paz pueden citarse entre las que renuevan el interés por la cultura colonial. Ambos autores protagonizaron una polémica literaria a la que se ha dado el nombre de «los laureles de papel» acerca de la autenticidad, el valor y la unidad de la obra de Luis José de Tejeda, redescubierta en dos códices distintos y reinterpretada de modo diverso por ambos estudiosos, autores de sendas ediciones. Los títulos de «Coronas líricas» dado por Enrique Martínez Paz (1916) y «Peregrino en Babilonia» otorgado por Ricardo Rojas (1917) dan cuenta de diversas lecturas y valoraciones. Con el tiempo, en 1947, don Enrique M. Furt vino a terciar en el tema con una edición facsimilar y crítica que ha alentado nuevos estudios sobre el autor.

La *Historia de la Literatura Argentina,* de Ricardo Rojas, marca sin duda un hito fundamental en los estudios coloniales, a los que su autor dedicó dos importantes tomos de su obra. Rojas, defensor de las letras nacionales, fue el primer revalorador de la cultura y las letras del período indiano. Al articular la cultura nacional en etapas históricas: los coloniales, los modernos, intersectados por el período de la emancipación nacional al que dividió entre los gauchescos y los proscriptos, Rojas ofreció por vez primera una propuesta hermenutica para comprender y ubicar a los autores argentinos dentro de su devenir histórico y cultural.

En gran medida estimulados por esta obra monumental, a la que acompañaban escasos estudios anteriores, surgió una verdadera legión de estudiosos de la historia y la cultura colonial así como de investigadores y editores de textos coloniales entre los años 1920 y 1950. Existió por esas décadas un fuerte movimiento historiográfico y filológico hacia la recuperación del pasado colonial, ligado a un criterio revisionista de las fuentes. Baste recordar, además de los ya mencionados Rojas y Martínez Paz, los nombres de Enrique de Gandía, Rómulo D. Carbia, Agustín Zapata Gollán, Diego Luis Molinari, Vicente D. Sierra, José Torre Revello, Ricardo Levene, Roberto Levillier, el Padre Guillermo Furlong, el Padre Grenon, Jorge M. Furt, Julio C. Caillet Bois, Alberto M. Salas, Antonio E. Serrano Redonnet, Luis M. Trenti Rocamora, editores y comentaristas de fuentes y documentos, exégetas de obras olvidadas, y estudiosos de la cultura indiana. La muerte de don Enrique de Gandía, a muy avanzada edad, casi ha puesto fin a la sobrevivencia de aquella pléyade de maestros, cuyos discípulos y continuadores son escasos en la actualidad.

Identidad y tradición

Me parece oportuno, en esta ocasión, repasar los conceptos de identidad y tradición, a menudo subestimados o tergiversados por la vulgarización y vaciamiento de sentido. La identidad cultural no es un *ídem* en el sentido de entidad abstracta y fija, siempre igual a sí misma, sino una realidad antropológica e histórica, abierta y en proceso, sobre coordenadas que la hacen reconocible. Su flexibilidad histórica , en suma, no significa carencia de constantes y ejes de vertebración.

La identidad de nuestros pueblos, una identidad innegablemente mestiza, es moderadamente dinámica, diversificada en nuevas identidades, tal como ha ocurrido con las naciones de Occidente en su devenir de 3000 años. En ese amplio tramo de la cultura europea, que admite la denominación simbólica de Occidente —metáfora relativa al trayecto solar, que designa el ocaso o muerte del Sol, mientas que Oriente designa su nacimiento— se perfilan dos grandes troncos identitarios, los del Norte y el Sur de Europa, que dan origen a identidades bien diferenciadas aunque ligadas entre sí frente a otras identidades del mundo. En términos amplios podemos reconocer que dentro de la identidad occidental se perfilan las parcialidades de una Europa racionalista, científica y técnica, que se extiende hacia América con la colonización anglosajona y holandesa, y una Europa mediterránea, de signo humanista, proclive al arte y a la filosofía, que se ha proyectado hacia la América Central y del Sur. Las naciones ibéricas, y con mayor amplitud latinas, han dado su sello a las naciones mestizas nacidas a la historia a partir de la colonización. No es el momento de hacer evaluaciones de este hecho histórico que ha comportado violencia y

diálogo, depredación y construcción, valga decir por ahora que la identidad de nuestros pueblos es deudora de nuevos aportes en función de nuevas mezclas étnico-culturales que son históricamente verificables.

Existe una cierta identidad axiológica, fundada en valores compartidos, que caracteriza a los pueblos latinos de Occidente, y dentro de ella una identidad hispánica, fundada en los valores de la España medieval y humanista, expandida en las colonias americanas con rasgos propios surgidos de una nueva inserción geográfica y de nuevos elementos en juego. Se reitera en América, con nuevos actores en juego, el proceso de mestización cumplido en la propia España a lo largo de siglos.

Es oportuno detenerse en el concepto de humanismo, insoslayable para comprender la mestización, y no es posible negar que ese humanismo tiene el sello del Cristianismo. Como lo ha señalado el historiador Ferdinand Braudel, debe comprenderse la historia a partir de procesos de larga duración que envuelven a otros más breves, y dan sentido al acontecer. El cristianismo no es un mero accidente histórico, es un proceso de larga duración y significación histórico-cultural que permite comprender sucesos como el Descubrimiento y colonización americana. El humanismo del Renacimiento es una nueva formulación integradora de la Europa mediterránea en su capacidad de integrar al otro, capacidad que ha permitido el crisol de los pueblos de la latinidad y la hispanidad. Esa disponibilidad asentada en la herencia católica, ecuménica, ha permitido en la América Hispánica una integración no común de pueblos y culturas bajo el doble signo de la fe católica y de la lengua española. Ambos sufren modificaciones en América, la lengua castellana se convierte en el español de América, el catolicismo se hace realmente ecuménico al acoger e integrar nuevas modalidades de los pueblos en la cultura popular

Es innegable la existencia de un perfil que distingue a las comunidades latinoamericanas, pese a sus diferencias, frente a otros pueblos del mundo, e incluso de la América anglosajona. Más de veinte naciones hablan un idioma común, tienen una variada composición étnica en que prevalece la mezcla de los pueblos autóctonos con los pueblos ibéricos, profesan una religiosidad de fondo cristiano, abierta al sincretismo en los estratos populares, cultivan un *ethos* justiciero que se hace presente en sus costumbres, leyes e instituciones.

El perfil estético de estos pueblos, con su aspecto cosmopolita en las grandes ciudades y los círculos intelectuales, se hace también reconocible en ciertas constantes de raíz humanista. Es especialmente el *folklore,* las manifestaciones populares de la cultura tradicional, el que permite unificar este vasto territorio, con su rico caudal de danzas, música, poesía y tradición narrativa en común, pero el estudio de los movimientos artísticos y literarios así como de autores y obras individuales revela igualmente singulares constantes desde la Colonia en adelante.

La arquitectura colonial ha generado la base de nuestras ciudades, como lo recordaba Alejo Carpentier al describir La Habana antigua, y enseñarnos a mirar y reconocernos. La pintura, la escultura, las artesanías, son campos igualmente fértiles para el reconocimiento de una identidad cultural diversificada pero persistente, que sin embargo algunos se empeñan en negar.

Recordemos otro concepto importante de ser rescatado, el de tradición, a veces confundido con un peso inerte arrastrado mecánicamente en el tiempo, cuando se trata en cambio de la continua reinterpretación del origen etiológico de un pueblo. Tal como lo ha estudiado en filósofo Hans-Georg Gadamer, que hizo de él en su larga vida un concepto básico, el concepto de tradición es propio de los pueblos históricos, en los que se da ese doble movimiento de innovación y sedimentación que caracteriza a una tradición viviente.

La identidad hispano-ibero-latino-americana, no estática como hemos dicho, se asienta en una axiología, en la persistencia de ciertos ejes éticos, religiosos, estéticos. Y esa identidad es portada en primer término por la lengua: el español americano que permite a hablantes de distintas latitudes el reconocerse en una lengua común, de raíz latina y compleja formación, heredada del hispano y matizada de mil modos en el vasto territorio de América, sin que se haya alterado su sintaxis y semántica originaria. Como decía el lingüista Rodolfo Lenz, esa lengua ha tomado los acentos vernáculos, además de enriquecerse con el léxico indígena, pero sigue fiel a un modo de pensar la realidad que es propio del hombre occidental.

El humanismo amasado en largos siglos en la cuenca mediterránea se extiende en América a un grupo de naciones nacidas de análogos encuentros, confrontaciones y diálogo entre los pueblos

autóctonos y los conquistadores ibéricos.

Leer nuestra identidad en las letras indianas

Un modo profundo de relevar esa identidad es el estudio de las obras literarias históricas y testimoniales del período en que se asentó esa identidad mestiza, el período indiano o colonial.

Las obras del período indiano han puesto en marcha los núcleos imaginarios, las figuras, los mitos y los valores que constituyen la fuente de la tradición nacional e hispanoamericana. Su herencia ha permanecido en la literatura, la historia, el derecho, las costumbres y la leyenda provinciana, son parte del folklore, de la herencia tradicional recogida más tarde por escritores, historiadores y folklorólogos.

La tradición hispanoamericana se fue conformando a través de la reformulación y el sincretismo de distintas corrientes, no la han conformado ni las culturas indígenas ni tampoco de un modo imperturbable la cultura hispánica, sino ambas en creciente y difícil imbricación que incorporó también, a lo largo de varios siglos, elementos de las culturas africana, árabe, judía, asiática, o provenientes de la Europa moderna, justificando el aserto de José Vasconcelos: se gestaba en este lado del mundo una «raza cósmica», un nuevo momento de la historia en el cual tuvo importancia el mestizaje étnico y cultural.

Luis de Miranda es el autor del primer texto poético conocido sobre la fundación del Puerto de Buenos Aires. Su *Romance* asienta el tema del hambre como castigo divino a la codicia y la soberbia del militar español. Nacían juntamente las primeras muestras de una literatura escrita en estas tierras en español, y la conciencia ética que permitía el juicio sobre la historia. Así pudo escribir el clérigo extremaño Martín del Barco Centenera su obra épica, de sabior novelesco, sobre los sucesos del Río de la Playa, el Tucumán, Chile y el Sur del Brasil. Por su parte Ruy Díaz de Guzmán vuelve a contar de otro modo los sucesos del Plata, especialmente en la gobernación del Paraguay, reivindicando la figura de su abuelo Domingo Martínez de Irala.

Estos textos, fundantes del imaginario rioplantense, echan a circular las historias del indio Oberá, de Ana de Valverde, de Siripo y Lucía Miranda, de la Maldonada. Son personajes que permanecen en las historias de los padres Lozano y Guevara, en el ensayo histórico del Deán Funes, en posteriores novelas de Rosa Guerra y Eduarda Mansilla en el siglo XIX, en obras posteriores de Mujica Láinez y Hugo Wast.

Los textos narrativos de la Colonia ostentan un carácter fundante que sobrevive especialmente en las provincias argentinas, en narraciones reformuladas por Juana Manuela Gorriti, Juan Carlos Dávalos, Juan Draghi Lucero. Pervive en esas narraciones el *ethos* humanista hispánico, que hace lugar a un talante educativo, formativo, moral, con fundamento religioso no dogmático ni rígidamente impuesto.

La historiografía clásica estaba impregnada por la elaboración simbólica e imaginaria. Puede aceptarse que una parte de ella tiende en tiempos modernos, o sea justamente a partir del Descubrimiento y colonización de América, a un cierto estilo científico, mientras otra corriente hace lugar a la escritura mítica y literaria.

En tal dirección cabe aceptar que la historiografía americana ha enfrentado la «historia oficial», el estilo notarial del documento público, la gesta de las figuras principales asentada por el lenguaje convencional de los historiadores de corte. Las escrituras americanas adquieren un carácter testimonial y novelesco, fijan su atención en personajes secundarios, otorgan importancia a la descripción, la información geoeconómica, antropológica, lingüística. Los cronistas cuentan de modo vivo las historias, percibiendo su dibujo simbólico. Tales rasgos marcan el paso de la «historia hispánica», ya entrante en una etapa más rigurosa y formal, a la «historia americana».

En América se afirmaron el lenguaje de la imagen, el ejemplo, la fábula, el mito que se mezclan con el testimonio personal, la crónica de lo vivido, el relato de aconteceres individuales y colectivos a los que en ciertos casos se intenta esclarecer o rectificar. Los sucesos americanos, su entorno geográfico y geocultural, la variedad de sus contrastes de lengua, costumbres, ritos y conductas, la novedad del mestizaje en suma, imponen nuevos modos de figuración y expresión a españoles, indianos y mestizos, que dan curso a la innovación genérica, la mezcla de categorías estéticas, en suma el barroquismo pre-romántico, anuncio de una estética americana.

La «*historia verdadera*», que incorpora elementos ficcionales, inaugura un modo específico del humanismo cristiano, relacionado con la verdad y con la ética. Se trata de una forma de historiar y novelar que en muchos casos se halla más cerca de la «confesión» agustiniana o de los «comentarios» clásicos, que del *roman*, que enlaza aventuras fantásticas o simbólicas. El protagonismo histórico, la imbricación de realidad y fantasía, la lengua coloquial, el contenido ético reli-

gioso, fundan una tradición histórico literaria de rasgos reconocibles.

La justificación personal, la defensa de la propia gestión, la búsqueda de reconocimiento, la espera de retribuciones o premios, constituyen otra de las motivaciones del cronista de Indias que se continúan como modalidad intrínsecamente americana, desde Colón, Cortés, Bernal Díaz, el Inca Garcilaso hasta Carrió de la Vandera prolongándose luego desde Lucio V. Mansilla hasta Antonio Di Benedetto.

Bernal Díaz escribe para desmentir a Gomara y a Cortés; Bartolomé de las Casas para discutir, desde la vertiente dominica a la que pertenece, a las autoridades de su Orden.

Se abre un amplio espectro que abarca desde lo individual y testimonial, hasta el afán de escribir la Historia, dejando memoria de sucesos públicos importantes y de las figuras que los protagonizaron. Un aspecto interesante en uno y otro caso es la consideración del espacio, que abre una tradición escritural americana. La observación directa es fuente de un cierto realismo naturalista que aparece siempre asistido por la ampliación trascendente, la impregnación simbólica. Figuras e imágenes remiten a la realidad nueva pero también a un repertorio tradicional. Los tópicos religiosos, filosóficos, literarios, se superponen sin artificio manifiesto a la imagen sensible proveniente de la vivencia. Se conforma el realismo americano, un realismo barroco, simbólico, religioso, mágico.

Los textos fundacionales de América se insertan, con tono nuevo, en una tradición mítico literaria, que proviene de la antigua leyenda, revalidada por la Patrística. El cristianismo hacía suya la «utopía» helénica y judaica, proyectando los rumbos de la navegación hacia la conquista del mundo y hacia la creación de un mundo feliz.

Estimo que es importante para la Argentina estimular un mayor conocimiento de sus primeros escritores a partir de trabajos interpretativos que permitan una recuperación e incorporación de sus valores, constantes estéticas, figuras simbólicas, caudal histórico e imaginario, fábulas, leyendas, refranes, voces y lenguaje.

La historia nacional no empieza en 1810, ni es esta la fecha inicial de una cultura que tiene hondas raíces provenientes de una mestización originaria desarrollada en un período fundacional de tres siglos. Y hay algo más. Ese período es el que nos permite reconocernos como parte de esa América Latina que fue fragmentada en el momento de su emancipación. El proyecto de la integración política, económica y cultural de las naciones americanas hace aún más vigente la necesidad de integrar nuestra memoria total, reconociendo una identidad que unificó a nuestros pueblos en un destino común.